

tía completamente satisfecho en sus principales exigencias. ⁽¹⁾

Los tiempos modernos comenzaron por proclamar que fatigaban ya las modestas satisfacciones de los tiempos antiguos; que era indispensable renegar del espíritu cristiano convertido ya en espíritu nacional, y volver al espíritu que precedió al Cristianismo, ó para hablar con más exactitud, al espíritu anticristiano. Esa tendencia se llamó Humanismo; no se atrevió á llamarse humanidad, y con razón. Empezó desde luego por un retroceso, no hacia lo que es humano, como falsamente se creía, ni siquiera hacia la antigüedad romana y griega, sino hacia ese espíritu que trajo ó acompañó la disolución de la antigüedad clásica. No fueron los sencillos antiguos anteriores á Jesucristo, es decir, los hombres no cristianos que establecieron su dominación en el mundo: en su oposición voluntaria y deliberada al Cristianismo, sus nuevos imitadores fueron más bien los decididos adversarios de la fe; verdaderos antecristos puede decirse. Todos estaban de acuerdo expresa ó tácitamente, á menudo sin darse bien cuenta de su tendencia, y frecuentemente también con pleno conocimiento de causa, con estas palabras de Ibsen: «Veo que pretendéis transplantar lo antiguo á la época actual; creéis que es válido todavía el pacto que en otro tiempo concluyó Dios con el hombre; sin embargo, cada época reclama sus derechos. Ya no nos parece verdad la espada de fuego; tratamos de ilusiones los cuentos de nodrizas, y la sola cosa que pedimos es ser felices». ⁽²⁾

Como condición preliminar, el Humanismo exigió de un modo expreso la oposición á la religión cristiana; pero, como hemos visto ya, los antiguos no pudieron alcanzar el fin de la humanidad, la formación perfecta de las aptitudes humanas, sin el auxilio del Cristianismo; tanto menos puede hacerlo la moderna tendencia, que aspira al desenvolvimiento del ser humano, no simplemente en la ignorancia de la fe sobrenatural, sino en la contradicción cons-

(1) Vilmar, *Gesch. der deutschen Nationalliteratur* (12), 420.

(2) Ibsen, *Brand*, 3 *Aufzug* (Passarge 72).

ciente con ella, aunque ese desenvolvimiento no pueda conseguirse sino conforme á sus indicaciones.

Los paganos buscaban con seriedad que no puede negárseles, y á veces á costa de verdaderos sacrificios, la verdad, que no conocían: cuando caían en error, era muchas veces involuntariamente. Los modernos, por el contrario, rechazaron la verdad después de haberla conocido, y por hostilidad hacia ella pretenden sustituirla con otra cosa, lo cual es rendir homenaje al error; de ese modo su espíritu y sus tendencias tenían que diferir esencialmente, no sólo de los del mundo cristiano, sino también de los del mundo antiguo.

El deber que la verdadera humanidad nos reserva, ese deber que, jamás lo diremos bastante, nos enseña el Cristianismo claramente á conocer, consiste en que ennoblezcamos nuestro espíritu por la sumisión á una verdad cierta, inmutable, y nuestro corazón por un trabajo de purificación y de perfección morales. Jamás los humanistas modernos lograrán ese fin, porque de propósito lo rechazaron, y sistemáticamente rehusan hasta el reconocerlo. Nunca tampoco alcanzarán aquél á que aspiró la antigüedad pagana, y que sólo en parte consiguió; á saber: olvidar nuestro destino más elevado y nuestros deberes, purificar nuestra naturaleza del mal que la ha penetrado, y llegar á una formación artificial de las facultades corrompidas; pues la Revelación, de que no pueden prescindir, les obliga demasiado para que hayan de entregarse, como los antiguos, libremente á la indiferencia.

Así se explica ese carácter de inquietud y de precipitación, esa agitación violenta, y á veces hasta desesperada, que se halla en las dudas y en las investigaciones modernas, carácter desconocido por la dichosa y agradable tranquilidad de la vida cristiana, y que ignoraban hasta los regocijados y vigorosos griegos.

Toda nuestra literatura atestigua esas investigaciones eternas y el fracaso que las corona. El primer representante de esos investigadores, que buscan sin encontrar

nunca nada, es Lessing: para éste, buscar es más que poseer, afanarse más que conseguir el fin. Quiere no creer en la verdad que finge querer descubrir; quiere no encontrar lo que busca, y si lo encontrara, lo arrojaría únicamente para tener de nuevo el placer de buscar. ¿Puede imaginarse anomalía mayor que esa? ¿Qué buscador de oro procedería así si encontrase un tesoro? ¿Qué hambriento, á quien se diese un pedazo de pan, se conduciría de tal suerte? Todos cerrarían la puerta á semejante mendigo, diciéndole: No tienes tanta hambre como dices. ¿Será tan sólo acaso en los dominios espirituales donde deberemos considerar ese procedimiento como el más acertado empleo de la ciencia y de la vida, como el mejor medio de acumular tesoros de sabiduría? Cuando San Pablo le condena en términos desdenosos, ⁽¹⁾ y la sabiduría de los antiguos creía que la señal característica del necio era estar preguntando siempre, ⁽²⁾ se exalta hoy á Lessing como á un redentor espiritual que dicen haber sido el primero en descubrir ese procedimiento, y se llama acto libertador del mundo á lo que en los siglos pasados se daba el nombre de locura. ⁽³⁾

Casi podría creerse que los corifeos de nuestra literatura consideran la verdad como en otro tiempo el satisfecho y harto Pilatos; de ahí proviene también esa inquietud no satisfecha, y que no satisface en la literatura que da el tono en la actualidad. Ya en tiempo de Lessing toda la actividad literaria sentía un profundo malestar; él mismo emplea con este motivo expresiones demasiado vulgares para que pudiéramos repetir las aquí. ⁽⁴⁾ Pero ¿quién no ha visto dominar ese tono en toda nuestra literatura? ¿Quién, si quiere ser sincero, puede negar que no hay siempre en *Nathan*, en *Werther*, en *Fausto*, en *Gotz*, en los dramas de Schiller algo de irresoluto, un mal secreto, un dolor morboso y agudo? ⁽⁵⁾

(1) *Timoth.*, III, 7.

(2) Binder, *Novus thesaurus adagiorum latin.*, 3212.

(3) Riehl, *Die bürgerliche Gesellschaft* (3), 204.

(4) Stahr, *Lessing*, II, 73, 84, 90, 94.

(5) Vilmar, *loc. cit.*, 421.

No se vea en esa palabra morboso un simple recurso oratorio; se trata aquí de un espíritu morboso en toda la extensión de la palabra, de una tendencia malsana. Aunque hubiéramos de admitir que es una exageración hablar como Nordau de histerismo de las muchedumbres, de demencia moral de la generalidad, de monomanía social, no podemos negar que hay mucho de verdad en esas expresiones algo crudas.

Nuestros estadistas y nuestros políticos introdujeron la expresión terrible de enfermedad de civilización, basándose en las experiencias y en los datos suministrados por los números. Hay, dicen Friedel y Ettingen, ciertas enfermedades que siguen una marcha paralela á la de nuestra civilización y de nuestro exceso de civilización, y aun que deben provenir de ella; son el idiotismo y la locura. Guislain afirma también que la civilización de nuestro siglo, casi siempre sin objeto, siempre lejos de él, y con todo esto siempre con miras demasiado pretenciosas, es el motivo principal de que sean tan numerosos los casos de locura. ⁽¹⁾

Pero leemos estas observaciones, nos encojemos de hombros con aires de incredulidad, y seguimos adelante. Verdad es que algunas veces tenemos miedo, cuando los números hablan demasiado alto; pero jamás se nos ocurre meditar buscando la razón del aumento, creemos haber hecho bastante si acusamos la vida exterior que nos consume con su penosa lucha por la existencia, con su batallola de máquinas y con sus placeres desordenados; pero todo eso es poco, y no se pone el hacha en la raíz del árbol. También antes había inquietud exterior y penosas luchas; había más que hoy, si damos crédito á la opinión general sobre la carencia de derechos y la rudeza de la Edad Media.

¿Por qué otras épocas procedieron de un modo menos disolvente? Porque en aquellos tiempos tenían los hombres mayor fuerza moral de resistencia; porque el espí-

(1) Ettingen *Moralstatistik* (3), 682.

ritu de su civilización no era tan malsano como el dominante ahora.

No es la situación externa lo que nos aniquila: es nuestra filosofía, es el estado de ánimo que nos predica nuestra literatura, en una palabra, es la moderna manera de considerar la vida. ¿Quién, pues, pretendería creer seriamente en una actividad sin que haya un fin que realmente la satisfaga y recompense; por consiguiente, un fin más elevado y no una actividad sin fin ninguno? Y suponiendo que alguien crea en ella, ¿qué hará de su actividad? Los nervios humanos no se prestan á un trabajo eterno, sin reposo y sin fin; si, no obstante eso, nuestros filósofos y nuestros escritores están de acuerdo todos en instruir de ese modo á la humanidad, se hacen culpables de la defeción de los que siguen sus enseñanzas; pues podrá negar quien quiera, pero no será por eso menos cierto, que esta actividad y esta agitación que nos consume, sin tener el único fin digno de ese trabajo, conducirá necesariamente, por fin, al manicomio.

Hay naturalezas vigorosas, que sólo sufrirán conmociones transitorias cuando se dejan llevar de sus inclinaciones, y se lanzan en el torbellino del mundo sin seguir una estrella más elevada como guía; pero nadie atravesará esas olas tempestuosas sin extraviarse. Nuestro Goethe sabía sufrir y vencer; sin embargo, también él aprendió por experiencia cómo paga al hombre ese espíritu de la pretendida humanidad. «Esto es insufrible, escribía el 2 de Setiembre de 1777 á Mme. de Stein ese favorito de los dioses á los veintiocho años: ¡tanto amor, tanto interés! ¡tantos hombres excelentes! ¡Y tener el corazón tan oprimido!» Dos años antes, el 17 de Setiembre de 1775, escribía: «En todo esto me pasaba lo mismo que á una rata que hubiese comido veneno; corre á todos los agujeros, sorbe la más pequeña gota de humedad que encuentra, devora todo lo que halla, y sus entrañas arden con un fuego que no puede extinguir». Á pesar de eso, resistió, gracias á su extraordinario vigor; pero otros sucumben en gran

número; y en este caso ¿de quién es la culpa? ¿Es de las víctimas de nuestra civilización ó de su espíritu?

Basta considerar esos millares de víctimas que en cada estío invaden los museos, privándose de gozar un pequeño trozo de paraíso en la montaña ó en el valle. Esa precipitación sin objeto, esa actividad insensata de ver tan rápidamente como sea posible, ¿no nos produce el efecto de gentes que quieren huir de sí mismas y del mundo? ¿No demuestran claramente su inestabilidad, su perpetuo cambio de sitio que procuran obtener en países extranjeros, lo que sólo podrían encontrar cambiando su corazón? ⁽¹⁾ Y cuando en invierno llenan de nuevo las ciudades, no conocen otro pasatiempo que esa rabia de placeres groseros, excesivos, mortíferos para el espíritu, que es también, no lo dudamos, huir de una inquietud interior ó de intolerable fastidio. Con frecuencia no sabemos si se trata de poseídos como aquel de que habla el Evangelio, arrojándose unas veces al fuego, otras al agua, ó de las ratas á que se refiere Goethe. ¡Felices si fuesen lo uno ó lo otro! Pero tales como son, su estado puede compararse al de un enfermo, y al de un enfermo de la mente, por no decir al del Judío errante ó de Caín; con el signo de reprobación en la frente, huía éste la presencia de Dios y de los hombres sin encontrar reposo en parte alguna.

7. Los medios de atracción que necesitamos en la vida y en la literatura.—De ahí los medios violentos que necesitamos para excitar nuestros nervios y tenerlos en tensión; es otro signo característico por el cual podemos darnos cuenta del verdadero estado de las cosas.

Cuando un hombre está en situación tal, que únicamente las bebidas más fuertes, los remedios desesperados, los tratamientos por la electricidad ó los botones de fuego pueden excitar en él la vida, sabemos que no está lejana la muerte. Pero tal es nuestra situación: si viviésemos en situaciones sanas, quedaríamos aterrados de la violencia de motivos con que procuramos nosotros mismos y procuran

(1) Séneca, *Ep.*, 28, 1.

nuestros artistas y nuestros escritores despertar el interés y la actividad.

Impulsos que en la vida y en la literatura de tiempos más antiguos bastaban, nos dejan fríos hoy; lo que antes nos parecía interesante, lo encontramos hoy enojoso y vulgar. Puede aplicarse eso muy especialmente á los placeres y á las ocupaciones sociales de otro tiempo; en todo ello necesitamos los excitantes más fuertes, los más contra naturaleza, los más extraños.

Nuestro siglo vió nacer una secta como jamás hubo otra; su principal residencia era París; sus miembros se llamaban *Los hastiados*. El objeto de su existencia, como el de sus reuniones, era procurarse artificialmente el fastidio. Horrible sociedad; pero lo que había en ella de más horrible era que lo tomaban en serio, y que al fundar su sociedad se habían puesto á la altura de su época, queriendo hacer así con dignidad y conscientemente, lo que hacían los demás por embrutecimiento.

No contaba mucho tiempo de existencia aquella asociación, cuando ya previeron el momento en que su único trabajo, el fastidio, se les haría imposible, y que una toma de ácido prúsico sería el solo medio de producir un último cambio de vida. De pronto estalló la Revolución de Julio. ¿Quiénes más satisfechos que los *hastiados*? Esta vez habría algo nuevo; se sintieron revivir cuando vieron á los descamisados y á las vendedoras de pescado en los mismos sitios donde acostumbraban los sempiternos tocados de lujo. Se oían el ruido del cañón y las descargas de fusilería en vez del monótono ruido de los coches; daba gusto ser parisiense. Pero ¡qué desgracia! Noche y día no se veían más que aquellas mujeres, se oía siempre el ruido del cañón, y nada cambiaba! Tres días pasaron así; ¡era verdaderamente intolerable! ¡Siempre lo mismo! Necesitaban otros excitantes, porque si no los devoraría el fastidio.

Los tiranos de Roma, los califas se habrían muerto el día que su hastío no les hubiera enseñado á inventar suplicios nuevos; y nuestros antepasados alemanes, del

tiempo de la segunda época siberiana, habrían muerto si su literatura, que en grosería sobrepujaba á los caníbales, no les hubiera presentado, á lo menos relatadas, las atrocidades y los crímenes más horribles.

Desgraciadamente aquellas excitaciones del corazón y de los sentidos, con que esas épocas de profundo rebajamiento y de salvajismo creían poder halagar los nervios en tensión, no son más groseras que las que nuestra literatura juzga necesarias para despertar el interés y el goce en la generación actual. En otro tiempo, dice Julián Schmidt, se creía que el arte tenía por objeto hacer agradable la vida, ó fortificar el alma mediante la representación de cosas terribles y tristes; en nuestros días parece ocurrir lo contrario. Lejos de crear un ideal, es decir, algo que eleve, regocijándole, el espíritu, nuestra poesía se sumerge con siniestra predilección en el abismo del vicio y de la miseria y procura excitar la aversión á la vida. Recoge todas las atrocidades esparcidas en la vida real, y las representa como expresión general del orden en el mundo. En *Pablo Clifford* hace Bulwer de un ladrón, de un bandido, un héroe; en *Eugenio Aram* concede la misma categoría á un asesino; en *Vautrin*, Balzac la atribuye á un presidiario. En una novela, que jamás fué sobrepujada por ninguna otra en fuerza é intensidad de observación, Dostoiewskij la da á un homicida traído á mejores sentimientos por una pérdida. La novela busca preferentemente sus centros de observación en las salas de anatomía, en las salas de tormento, en los asilos de dementes y en sitios peores aún. Procura penetrarse bien de los sentimientos de un condenado á muerte, del que está á punto de suicidarse, de locos, de un Nerón, de un Heliogábalo, de una Mesalina. En fin, se precipitan como vampiros sobre los vivos, como profanadores de cadáveres en las tumbas frescas, para alimentarse con el aspecto de la muerte en la fase de la descomposición. ⁽¹⁾

(1) Cf. Jul. Smidt, *Gesch. der deutsch. Literatur in XIX Jahrhundert*, (3) III, 6.

En esto último se muestra singularmente inventivo Leopoldo Schefer, el poeta del panteísmo, autor del *Breviario de los laicos*: gran parte de sus narraciones pasa en los sepulcros; describe á personas que se creía muertas y se despiertan después de enterradas, ó bien desentierra cadáveres para atormentar, engañar y volver locos á los vivos. No puede escribir una historia sin que haya crucificados, empalados, locos y otras terroríficas imágenes. Víctor Hugo exige todavía más de nuestros nervios: los héroes, mediante los que creó su fama, no son más que monstruos; un monstruo negro, un enano negro, Hadibrah; un monstruo estropeado, un trasgo enano, Quasimodo; un monstruo idiota, el loco Triboulet; en fin, el monstruo de los monstruos, el devorador de hombres, Han, el último de la raza de los monstruos de Ingulfo. Su abuelo era ya medio bestia y medio diablo; él es las dos cosas á la vez. Causa extrañeza que no se corte jamás las uñas, pero tiene sus razones para ello: lo hace para poder desgarrar á sus víctimas humanas del primer zarpazo. La carne humana es su alimento favorito; con sangre humana y agua del mar aplaca la sed. Tales son los héroes favoritos de Víctor Hugo, del republicano modelo. Pero no constituyen excepción en esto las clases más distinguidas, las cortes mismas. Próspero Mérimée pertenece á esta categoría. Él, favorito de la corte francesa, confidente de la emperatriz Eugenia, del cual decía Bayle: «Cuando veo á este hombre con una condecoración en el pecho, me represento la suma de vilezas y de rebajamientos que habrá necesitado para obtener esos testimonios públicos de vanidad»; se sumerge también en todas las profundidades del horror. Nos describe un capitán que se vanagloria de haber cometido cuarenta y un asesinatos y de no experimentar nada que se pareciese á remordimientos de conciencia; un conde que á veces se sentía con instintos de fiera, y cortó con los dientes la garganta de su querida. Con tales héroes creían esos hombres haber encontrado los entretenimientos que nuestros lectores exigen para interesarse. Y no se equivocaron.

Si alguien desea excitar su atención, necesita ir más lejos aún, y tomar por compañeros la atrocidad y el horror. Hechos tales siempre ocurrieron aisladamente. Ya Goethe y sus amigos, en los suntuosos festines dados por el duque de Weimar, bebían el vino en cráneos, como los mongoles. ⁽¹⁾ También Byron escribió una poesía acerca de una cabeza de muerto convertida en copa; pero quien hoy quiera distinguirse, debe representar y cultivar ese género, así como cosas peores aún, para elevarlas á la altura de instituciones sociales, sin lo cual ningún caso se haría de él. No se trata simplemente de representar horrores, á causa de aquel instinto que un conspicuo de la escuela verista en Italia, Arrigo Boito, manifestó diciendo: «Pues que ya no tenemos el sentimiento de lo bello, acojamos cualquier monstruo con placer» ¡no! hoy se busca la verdadera filosofía, el verdadero arte, la verdadera sabiduría de la vida, la verdadera ciencia social en la realización de los principios que Balzac pone en boca de algunos personajes en sus novelas: «Únicamente los imbéciles hablan del pecado; sólo una sociedad enervada por el Cristianismo y la conciencia puede subsistir por crímenes secretos y por bajezas cobardes. Es necesario que esto cambie; nadie cree en la virtud; la honradez no conduce á nada. El hombre se humilla tan solo ante el poder del genio, ante el valor para el mal, ante lo formidable, lo horrible, lo aterrador. Hay que abrirse camino á través de la humanidad como una bomba ó como la peste». ⁽²⁾

En todas partes escriben conforme á estas reglas. Zola y sus discípulos, Huysmans, Vast y Ricouard apenas conocen otros representantes y héroes de la sociedad que bandidos, ladrones y esas desgraciadas criaturas para las cuales Emilio Augier inventó la expresión tan exacta de *pobres leonas*. Los representantes de la tendencia más moderna, los grandes y los pequeños maestros de la lite-

(1) Hirzel, *Goethes italienische Reise*, 8.

(2) Brandes, *Die Hauptströmungen der Literatur des XIX Jahrhunderts*, (4), V, 155 y sig.